

MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

El 18 de diciembre pasado se cumplió el primer centenario del nacimiento de monseñor **Rafael María Carrasquilla**, rector por 40 años del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Por uno de esos fenómenos de este tiempo de máquinas y urgido pragmatismo, tan fausta fecha pasó casi inadvertida entre nosotros, si descontamos el discurso de alta calidad pronunciado en la Academia por el escritor Juan Lozano y Lozano. Y es preciso señalar cómo la órbita vital de tan munífica existencia marca un punto de referencia en lo que corresponde a la educación y la cátedra sagrada entre nosotros.

En todos los países cultos del Continente una personalidad como la de monseñor Carrasquilla sería motivo de estudio y de homenaje perenne y devotísimo. Porque en el histórico claustro de Nuestra Señora del Rosario se han dado cita las clásicas virtudes que forman al hombre para una vida honesta, laboriosa, plena en patriotismo que significa colombianidad sin tiznes sectarios, desvelada unción por hazañas y héroes que, en lo dilatado de los tiempos, han ido forjando una patria y legando a Colombia una tradición que robustece y aclara el panorama del destino humano.

El colegio que fundó fray Cristóbal de Torres prolonga hoy su vigencia y su lección en las almas, precisamente porque monseñor Carrasquilla le hubo de entregar la totalidad de su vida, su ejemplo, su sabiduría y aquella templanza ética que defiende al ser humano en el transcurso de los tiempos y le proporciona soluciones cuando todo parece irremediabilmente perdido en la lucha diaria para subsistir decorosamente. Educador, lo fue el maestro en grado superlativo. Entendía la cultura no como un miraje engañoso, ni como una superposición de conocimientos esquemáticos y yertos, sino como algo orgánico, un sistema circulatorio de ideas aplicadas a la "tarea humilde de vivir" como lo dijera el clásico. Defendía el cristianismo como un círculo de amor, igual que la caridad de Dios que nos une a todos en su Hijo encarnado. Por eso predicó la paz, la hermandad, la unión

de la familia colombiana sin negras consignas de odio. La pasión política divide a tiempo que la idea de nación universaliza y hace pensar en nobles destinos heroicos.

Como orador sagrado ocupa uno de los más eminentes sitios en los anales de este género literario en nuestra patria. Manejaba el idioma castellano con propiedad absoluta. Los vocablos venían dóciles a su requerimiento y sabía entregarnos la doctrina cristiana en cláusulas armoniosas, en maravillosos hallazgos que hacían más hondo y patético su celestial mensaje. Sus oraciones fúnebres son un modelo de ceñida elocuencia, de amoroso conocimiento de la noche turbulenta y desgarrada del corazón humano.

Entendía el valor **hombre** en lo que este tiene de superación, de noble idealidad. Medía las acciones no por los resultados, sino por la intención. La victoria puede coronar por azar a un capitán intrépido. Pero el callado esfuerzo, el caer aquí para levantarse y continuar la ruta es lo que hace digno este bracear trágico para supervivir. Discípulo elocuente de Bossuet, la Iglesia católica tuvo en él un sacerdote que peleó la batalla de Dios sin tregua y sin desfallecimiento. Su misma vida era un ejemplo de cristianismo. Escritor castizo. Adoctrinador de juventudes. Académico insigne, todo lo fue con templada milicia, con celo apostólico. El centenario de su nacimiento debe servir para que los colombianos se reconcilien en la piedad, la justicia y el amor, vasos esbeltos ante el altar de la patria.

DON TOMAS CARRASQUILLA

El 17 de enero se cumplió el primer centenario del nacimiento de don **Tomás Carrasquilla**, el egregio novelista antioqueño. Vino al mundo en Santo Domingo, Antioquia, una dulce comarca a la cual bautizó el insigne escritor, con buída intención, como el pueblo de las tres efes: **feo, frío y faldudo**.

Sin lugar a duda, don Tomás Carrasquilla es uno de los más grandes novelistas americanos. Acaso el primero. Porque supo ahondar en las gentes de su comarca, encontrar esa humanidad que se esconde temerosa de la luz y que solamente un artista de almas puede entregarnos sin regateos. Por su vasta obra litera-

ria desfila una muchedumbre de seres humanos que él sabe traernos de mano maestra. Nada de vaguedades literarias, de esbozos, de medias tintas, de pálidas acuarelas. No. La humanidad viva, caliente, que rezuma intención y donaire. Por esos cuentos de Carrasquilla desfila el mundo de seres que forman la tierra antioqueña, y la conforman típicamente dentro de un sabroso regionalismo arcaico y rico en jugos nutricios. El maestro se adentró en el alma popular, en la escondida entraña del pueblo. Las acciones y reacciones humanas encuentran en su pluma su medida y su pulso.

Esos cuentos suyos son obras de arte. Pintor y escultor al mismo tiempo. Todo lo que es terruñero, raíz y permanencia del viejo solar tiene en Carrasquilla su encendido apóstol. Porque manejaba el idioma castellano como uno de los grandes del idioma. Pereda, Palacio Valdés, Juan Valera, Valle-Inclán, Miró. No tuvo secretos nuestro léxico para este novelista ejemplar y ejemplarizante. Los vocablos antañones y las nuevas voces, deslumbran en su prosa como una redada de peces.

Y también nos trajo nuevos giros, insospechadas imágenes, palabras que nacieron en el solar antioqueño y que usan las gentes aldeanas para comunicarse el don de su simplicidad y la cordial alegría de sus almas.

Es mentiroso el concepto de que el maestro Tomás Carrasquilla es un escritor exclusivamente regionalista, hundido con sus tipos humanos en la lejana montaña agria y fuerte. Todo lo contrario; Carrasquilla es universalista en el mejor sentido del concepto. Porque la humanidad que nos legó palpita de vida, tiene una presencia ecuménica, nace, vive y muere frente al paisaje como todo el género humano. Su mensaje literario es de la calidad del de Balzac, de Cervantes, de Shakespeare, de Dickens, de Rómulo Gallegos, de Enrique Amorín, de Ciro Alegría, en fin de los escritores que se han propuesto entrar en el laberinto de la humanidad, no quedándose únicamente en el paisaje o rimando frente a las estrellas.

Es universalista porque es trascendente. Pero no se propuso realizar una obra de pura ficción, sino que logró darnos la verdad de su montaña y de su gente en un alarde de sabiduría y gracia popular que seduce y encanta por igual.

La gente campesina, abundante en decires, de cuyos labios chorrea el mosto de la sana intención, el gracejo fino, la ironía que es consecuencia del confrontamiento de la vida misma con las cosas circundantes. Todo ese mundo heteróclito quedó en los cuentos de don Tomás de cuerpo entero en un ancho y jocundo fresco sin retórica inútil.

Muchos afirman que la obra novelística del insigne escritor carece de ese fondo de angustia, de miseria, de morbosidad de que hacen alarde muchas novelas contemporáneas. Nada más lejos de la verdad. Porque los personajes de Carrasquilla viven en su propio mundo, tienen órbita propia y carecen de falsificaciones. Humanidad sin afeites, pero tampoco desarraigada, posesa, sin marco familiar, como la que desfila por las novelas de los escritores europeos modernos.

Don Tomás escribía acerca de lo que estaba presente ante sus ojos. Un mundo afirmado en el tiempo y en el espacio, una inagotable facundia que hunde su corazón en la antigua tierra de los muertos. Su novelística no invita a la desesperación, sino a la unidad, a la mejor integración del cuerpo social, al quedarse atado al mismo horizonte mientras otras gentes, rotas por dos guerras mundiales son aventadas sin rumbo y muerta la esperanza.

Este Boletín rinde homenaje al gran novelista cuya obra ha de perdurar y afianzarse con el paso de las generaciones, a diferencia de otras que yacen en el olvido porque carecieron de verdad, de comunicación con el mundo real, obras para un momento y olvidadas también en bibliotecas y archivos.